

La tarea crítica: interconexiones entre lenguaje, deseo y subjetividad

The critical task: interconnections between language, desire and subjectivity

Margot PUJAL I LLOMBART

Universitat Autònoma de Barcelona
Facultad de Psicología
Departamento de Psicología de la Salud i Psicología Social
margot.pujal@uab.es

RESUMEN

El presente trabajo quiere ensayar un ejercicio de reflexividad en relación a la tarea crítica, con el objetivo último de incorporar aunque sea parcialmente la dimensión de «lo no sabido, de lo no pensado pero actuado a través de la acción crítica». Espacio necesario para que éste no sea un espacio institucionalizador o un ejercicio de dominación en sí mismo. Se parte de la idea que la racionalidad como lógica discursiva y como herencia de la modernidad, ocupa todavía demasiado espacio dentro de la tarea crítica. Espacio, que a nuestro modo de ver, ahoga las posibilidades de cambio de segundo orden que habitan dicha crítica. Para realizar el trayecto de este ejercicio de reflexividad se ha trabajado con bastantes fuentes provenientes de la teoría crítica feminista post-estructuralista (Haraway, Butler, Braidotti, Keller, Birulés, etc.) y se ha ejemplificado el espacio de la crítica a través del socio-construccionismo, pero solo como posibilidad disciplinar ya que nuestro espacio es la Psicología. El objeto de reflexión sin embargo alcanza el «magma» de teorías críticas inscritas en el postestructuralismo. El objetivo es incrementar en algún grado la conciencia alrededor de una parte oscura de la tarea crítica con el fin de aumentar su potencial de transformación. Para el ejercicio se han destacado algunas cuestiones concretas: el giro hacia la construcción social, el sujeto de deseo a través del discurso, la doble responsabilidad de la crítica, sobre sí y sobre el mundo, para finalmente sugerir la toma en cuenta de algunas herramientas conceptuales que, a nuestro modo de ver, podrían ayudar a socavar la herencia racionalista que todavía habita la tarea crítica. Estas son: la relación entre el imaginario y el deseo, la experiencia como tensión, la subjetividad como vehículo de poder y resistencia y la reflexividad.

ABSTRACT

The present work constitutes an exercise of reflection dealing with the critical task. Its main goal is to incorporate, partially at least, the dimension of «what has not been known, not been thought but been acted through the critical action». This is a space of reflection that must not necessarily be thought as a space of domination. The essay considers that the idea of rationality is a discursive logic and an heritage from modernity that still characterizes the critical task. A space that, in our opinion, makes difficult any possibilities for second order change inhabiting that critic. In this exercise we regard mainly sources from post-structuralism feminism's critical theory (Haraway, Butler, Braidotti, Keller, Birulés, etc.). Socioconstructinonism is deployed for mapping the space for critical task, but only as a possibility because our space is Psychology. Nevertheless our reflection reaches non feminist post-structuralism critical theories.

Here, the main objective is to increase in some degree our conscience about a dark part of the critical task with the purpose of increasing its transformation potential.

Some specific questions are outstanding for the exercise: the turn social construction turn, the subject of desire through discourse and the double responsibility of the critic, on itself and the world. Finally we suggest some conceptual tools that could help to undermine the rationalist inheritance that still inhabits the critical task: the relation between imaginary and desire, experience as a tension, and subjectivity as a vehicle of power, resistance and reflexivity.

SUMARIO 1. El Giro hacia la Construcción Social. 2. El sujeto de deseo a través del discurso. 3. La doble responsabilidad de la crítica: sobre sí y sobre el mundo. 4. Herramientas para una construcción social de mayor alcance. 5. Imaginario, deseo y poder: entre la tradición y el cambio. 6. La experiencia como tensión entre el deseo inconsciente y la razón del discurso. 7. Subjetividad y Reflexividad. 8. Referencias bibliográficas.

*Seguramente el principal valor de la crítica de segundo orden reside en que no solo le **duele** al mundo sino a **nosotros/as mismos/as** en tanto parte constitutiva del mundo y más allá de nuestra condición racional.*

A través de este relato me gustaría plantear algunas reflexiones -ensayo alrededor de una idea básica que es la necesidad, para poder entender el sentido de la acción social crítica, de *incorporar en el discurso crítico y dentro de la psicología social crítica* la dimensión de lo no sabido, de **lo no pensado pero actuado**, en un intento de debilitar su herencia racionalista, central a las instituciones modernas y de abrir este espacio a la dimensión afectiva del deseo, también constitutiva de la acción social en general. Como se verá más adelante, la intención o propósito de incorporar esta idea es compatibilizar lo epistemológico con lo ético-político al mismo tiempo que es «escuchar» los efectos institucionalizadores y reificadores - es decir de repetición— que pueden desprenderse de la propia tarea crítica.

El interés de trabajar esta idea surge de la mano de dos cuestiones: a) la preocupación por el **cambio psicosocial de segundo orden**, es decir, por rehuir el cambio psicosocial superficial, que en términos de Foucault no sería más que una sofisticación de las relaciones de dominación a través de su invisibilización y b) la pregunta sobre el sujeto o la subjetividad política, es decir, por el sujeto del cambio, o por la dimensión de la agencia en la transformación psicosocial de la realidad, o dicho en otras palabras, por la **tensión constante entre agencia y sujeción** en la acción de la tarea crítica

contemporánea, alimentada mayoritariamente por el pensamiento postestructuralista. Sin embargo, como se trata de un tema bastante amplio nos referiremos a la **teoría socioconstruccionista** como ejemplo y excusa para pensar estos temas.

Con ello propongo un enfoque más centrado en el análisis de los *efectos de la presencia de la ciencia-institución en lo social* performada como racionalidad —aunque construccionista/discursiva en este caso— que en el examen de los efectos de la presencia de lo social en la ciencia —centro de interés del socioconstruccionismo y de la sociología del conocimiento científico, aunque ambas perspectivas estén muy interconectadas.

Iniciaré estas reflexiones presentando muy telegráficamente el contexto intelectual académico en el que estas preocupaciones emergen. La realidad, las relaciones sociales, el sujeto, el conocimiento modernos están siendo **repensados** en las últimas décadas a través de distintos ámbitos como alternativa crítica a los efectos de dominación de las lógicas que han configurado este pensar de la modernidad: el construccionismo en psicología social —en el que nos centraremos más directamente—, la deconstrucción, el neopragmatismo, los estructuralismos y postestructuralismos, etc. (la hermenéutica en filosofía, el programa fuerte en sociología del conocimiento científico, al-

gunas orientaciones psicoanalíticas en psicología, las diversas propuestas de análisis del discurso en lingüística, las posiciones post-marxistas en ciencia política, los estudios de género que atraviesan distintas ciencias sociales como la psicología, la sociología, la medicina, etc.). Aun a riesgo de simplificar, quiero sugerir que este magma de crítica vehicula la racionalidad como herencia del pensamiento moderno institucionalizado.

1. El Giro hacia la Construcción Social

El socioconstruccionismo (Gergen, Ibáñez, Potter, etc), como cualquier perspectiva crítica, no es un corpus homogéneo de discursos sino que tiene distintas variantes pero aquí nos centraremos en algunos de sus presupuestos básicos, que creemos que si son compartidos. En este sentido entendemos que el socioconstruccionismo supone una propuesta de **psicología social crítica** (Ibáñez y Iñiguez, 1997) y su principal tarea ha sido la *producción teórica y la actividad analítica de las bases epistemológicas de la psicología social convencional y de la psicología*.

Desde el construccionismo social, en un combate feroz contra el esencialismo y contra la ontología, se ha asumido que *tanto la realidad como el sujeto son construidos socialmente que el conocimiento científico tiene un papel privilegiado en esta empresa*. Además la **tensión entre esencialismo y construccionismo** se ha convertido en central, hasta el punto de atravesar los debates teóricos en torno los distintos movimientos sociales actuales. En el caso del feminismo, permanece la pregunta ¿Afirmación versus deconstrucción, de la categoría mujer? para el proceso de erradicación de las relaciones de dominación, sustentadas por las relaciones de género.

Pero ¿qué entendemos por construcción? El simple hecho que acordemos que el sujeto y la realidad social son construidos *no supone* necesariamente que las premisas desde las cuales entendemos cómo se produce ésta construcción sean compartidas. Como ejemplo, podemos ver cómo algunas autoras feministas han denunciado por ejemplo, la teoría feminista contemporánea por un «abuso de construccionismo» (Fuss, 1990) con efectos de

debilitación de lo político. Se alerta sobre el uso de una *noción sustancialista de la Sociedad y de la Historia*, en la que no se problematiza la idea de opresión universal de las mujeres, la diferencia hombre/mujer y la visión de estos como objetos, estables ontológicamente y coherentes en sí mismos (Bonder, 2000).

De hecho, la mayoría de aportaciones en las que me baso para tejer este relato provienen de autoras que trabajan desde la epistemología y/o política feminista (Braidoti, Butler, Fuss, Haraway, Fox-Keller, Harding, etc.) y que pretenden rearticular y compatibilizar lo político y lo epistemológico a través de la introducción de la **dimensión práctica y/o performativa de lo social**, en términos ahora de Butler (2001). Dimensión que se refiere a la puesta en acción de lo simbólico **a través y más allá del discurso**, es decir a través de la acción cotidiana. Esta necesidad de rearticular/compatibilizar lo político y epistemológico es consecuencia de haber realizado una nítida separación desde el pensamiento crítico entre lo instituido y lo instituyente y de las consecuencias de éste para la producción de cambios psicosociales de segundo orden.

El *uso de la metáfora lingüística* por parte del socioconstruccionismo, nos ha mostrado muy acertadamente que el lenguaje no es en absoluto una puerta abierta hacia una realidad exterior, sino que con el lenguaje construimos realidad, a partir de significaciones producidas a través de las relaciones sociales. O sea que lenguaje, realidad y relación van de la mano. Así, los objetos han dejado paso a las relaciones sociales. Sin embargo, sospechamos que en medio de este vertiginoso trayecto *se ha extraviado la subjetividad y su dimensión de sujeción* (Butler, 2001) y ello tiene a mi modo de ver implicaciones negativas para lo político. Al hablar aquí de lo político, se quiere apelar a una noción de política que traspase la idea de lo organizado, de lo ideológico y de lo racional, para extenderla al espacio de lo cotidiano, de la interacción dialógica con los otros, y de la acción.

Sospecha que nos conduce a hablar del **abuso** que se ha hecho **de la metáfora lingüística**, pues ha potenciado, el olvido, sobretudo desde lo que se ha dado en llamar «psicología discursiva», de la «otra cara» de este giro epistemológico construccionista que es: *que la realidad —aunque construida— también puede*

subvertir el discurso, y que el deseo – aunque construido – puede subvertir la palabra dicha. Porque hablar no es lo mismo que decir, y sin embargo frecuentemente se confunden. Por tanto, el discurso tiene capacidad para subvertir la realidad, si es cierto, pero también lo es la situación inversa, **la realidad puede subvertir el discurso** y este proceso no es fácil de visibilizar¹. Así, aquí queremos centrar la atención en esta dirección de vuelta, *desde la realidad instituida al discurso*, o desde la sujeción a la crítica – o a la subversión, puesto que la dirección de ida – desde la subversión a la sujeción, o desde la crítica a lo sujetado, ha sido ya muy desarrollada por el socioconstruccionismo.

Es por todo esto que me parece pertinente aunque quizás sea un sin sentido – reflexionar sobre *la relación entre el lenguaje, el deseo y la subjetividad como límite insoslayable para poder avanzar en el estudio de la transformación de la realidad dentro de una psicología social crítica*. En este sentido, es importante reconocer, tal y como señala Bonder (2000): que apelar a una **concepción construccionista con relación a la formación del sujeto** implica enfrentarse con no pocas *aristas problemáticas*. Entre ellas, una de las que más me interesan se refiere al papel que le asignamos al propio sujeto no sólo en tanto producto sino en tanto productor o artífice de dicho proceso de reproducción y transformación de la realidad.

La pregunta es pues ¿cómo es posible que un sujeto originariamente construido en y a través de determinadas estructuras simbólicas y materiales se transforme radicalmente y sea capaz de enunciar otras verdades, otros placeres, y otras relaciones de poder? ¿Cuáles son las **condiciones de posibilidad y los límites** de estas transformaciones?

El socioconstruccionismo en el contexto de la Psicología, como discurso crítico y anti-autoritario ha jugado un papel político muy importante a partir de los '80 que ha sido muy alentador para promover *cambios de orden discursivo* dentro de la Psicología y la Psicología Social puesto que ha *permitido imaginar* de forma distinta la realidad fijada por las relaciones de poder y dominación en curso. Sin

embargo, se puede considerar que al mismo tiempo ha tenido efectos políticos menos deseables ya que, en muchas ocasiones, *ha construido de forma falaz y fantasiosa las posibilidades del cambio y con ello ha generado, de fondo y de manera no intencional, cierta parálisis política*. Se podría decir en términos más cotidianos que su gran entusiasmo ha «corrido un tupido velo» al carácter obstinado, reiterativo y no sabido o soslayado – que no determinado – de lo instituido.

Ciertamente, el discurso implica acción, pero existen otras acciones significativas que contribuyen también a fijar la realidad por lo que deben ser tomadas en cuenta para profundizar en el cambio. Se trata de *prácticas extradiscursivas que atraviesan el discurso*, muchas veces visibles mediante *la razón práctica* – o *la interacción* – e invisibles a través de la razón abstracta, lo que no les exime de estar saturadas de significación socio-histórica. Se trata de las **prácticas no sabidas, no pensadas, inconscientes, que acompañan a lo sabido y lo pensado, a lo transparente** con relación al sujeto. *Lo desbordado del signo referido a lo vincular del deseo* también se podría decir.

Son, por otra parte, la consecuencia lógica de haber matado y fracturado al sujeto moderno, transparente a sí mismo. Prácticas que ocurren en el **espacio del sujeto social no soberano ni autónomo sino interdependiente**, en el espacio del no-control, puesto que éste está siempre inserto en una trama de relaciones previamente inexistentes pero de las cuales depende.

2. El sujeto de deseo a través del discurso

Tradicionalmente, este espacio vincular, no soberano ni autónomo, ha sido denominado «*deseo inconsciente*» desde el psicoanálisis y se refiere a prácticas que acompañan, atraviesan o relacionan lo pensado y lo no pensado pero actuado. «*Sujeto del deseo*» sería el lugar en el que se originan y desde el cual surgen estas prácticas. Nociones todas ellas que intentan establecer puentes entre lo macrosocial

¹ Es el caso por ejemplo de cuando un discurso feminista toma una posición «victimista», puesto que esta posición no ayuda a la transformación a la que apunta el discurso feminista.

y lo micro. Así la parte del sujeto vinculada al deseo sería la *parte no transparente de la acción discursiva*, proveniente de la institucionalización de lo social e instalada en el espacio de lo micro, de la acción cotidiana, a partir de las relaciones sociales significativas dentro del proceso evolutivo.

En este sentido, el concepto de **deseo inconsciente** nos es de utilidad si lo entendemos como una *cristalización de la tradición, que sujeta al individuo, más allá de, o a través de, su discurso, su racionalidad y su pensamiento —o sea más allá de su control e intenciones— a partir de su historia tanto interpersonal/micro como socio-histórica/macro*. Por supuesto, estos deseos no tienen nada de esenciales, ya que se parte de la idea de Freud según la cual no existen «deseos verdaderos» en el sentido de anteriores a las relaciones sociales, por lo tanto *la capacidad de desear es una cualidad histórica antes que todo* (Izquierdo, M. J. 2001).

En palabras de Rosi Braidoti (2000): la significación no coincide con la conciencia, la mayor parte de nuestras acciones tienen un fundamento no consciente (p. 44); el **deseo** no solo es inconsciente, sino que además permanece no pensado en el corazón de nuestro pensamiento, porque **es la fuerza que sostiene la actividad misma del pensar** (p. 45); y somos sujetos por el lenguaje no solo de una manera racional, lógica y coherente sino a través de algo que siempre se nos escapa pero que a la vez nos mueve con mucha fuerza como es el deseo (p. 46).

Foucault (1976), por su parte, también previno de la posibilidad que el sujeto sea hablado a través del discurso en lugar de que el discurso le deje hablar a él. Entendemos que en esta idea de «sujeto hablado» se refiere sobretudo a la parte no sabida del discurso, a la idea de deseo inconsciente.

La transformación es posible y constitutiva de lo social plantea Ibáñez pero nuestra comprensión, según Cadamer (1975) se ejerce desde la tradición (prejuicio) y ésta no siempre nos deja ver el campo de posibilidades. Es necesario tener presente también los **posibles cierres de posibilidades**, puesto que a veces las posibilidades que se abrirían son abortadas a través de una resignificación de contextos y prácticas (Martínez, 1999). Como ejemplo de ello, quiero recurrir al trabajo de

análisis realizado por Herkowitz (1992) sobre la violencia sexual, realizado a partir de hablar con mujeres que han tenido una experiencia de violación sexual, y en el cual se pone de manifiesto como la experiencia de muchas mujeres «violadas» es tapada/acallada a partir de lo que ella denomina «imágenes en bloque» descontextualizadas y que no son ni más ni menos que el conjunto de discursos «victimistas» o «culpabilizadores» que psicólogos/as y juristas, recíprocamente, como profesionales ponen en juego, algunos de ellos desde lo que se entiende por un espacio crítico como el feminismo.

Estas prácticas «discursivas pero no sabidas» han sido, la mayoría de ocasiones objeto de rechazo o de negación a partir de la razón, o bien han sido *relegadas al ámbito de lo privado* (también por el socioconstruccionismo) a pesar de estar incidiendo muy fuertemente en el conocimiento producido (Fox Keller, 1985). Por lo que se puede deducir que la moderna y profunda disimetría público-privado sigue ejerciendo una influencia importante pero no sabida en su imaginario y su actuar cotidiano. Este relego en última instancia propicia —no de forma deliberada— meros cambios de primer orden, que conducen a una reproducción sutil de lo instituido.

Sería deseable, por lo tanto, no olvidar que el discurso está *infradeterminado por nuestra voluntad e intenciones* (Birulés, 2000), que *de la razón mejor no fiarnos puesto que nos puede confundir totalmente* y que *la realidad social y la fantasía son difícilmente discriminables mediante la razón* (Izquierdo, 1999). ¿Pero entonces de que nos podemos fiar? Seguramente, la mirada retrospectiva y reflexiva a nuestras prácticas y la incorporación de una interacción más realmente **dialógica**, capaz de incorporar a nuestros interlocutores por poco complacientes que sean, sin cerrarnos en etiquetas, aunque nos lo pongan difícil y nos generen conflicto, permitiría la transformación del deseo además de la del discurso.

¿Pero qué ha conducido al socioconstruccionismo a ésta construcción falaz y fantasiosa del cambio a la que nos hemos referido antes? Seguramente hay muchas razones, pero **una razón importante** creo que ha sido la pretensión del Socioconstruccionismo y de cierta Psicología Discursiva, (Potter, 1996) —de

deconstruir de forma radical al sujeto—, la conocida muerte del sujeto trascendental y su crítica al psicologismo en psicología, que muchas veces se ha traducido en un mero rechazo racional, a éste.

Junto a esta deconstrucción del sujeto se han **desechado las resistencias** que la amenaza del cambio hace emerger y lo que es más grave, nos hemos quedado **sin recursos para combatirlos** y por lo tanto con poca capacidad para transformar la realidad hacia un cambio de segundo orden.

¿Pero cuáles son algunas de las razones que han conducido a esto? En primer lugar, el socioconstruccionismo, debido a la influencia no sabida/inconsciente del peso de la tradición dominante de la psicología, ha manejado implícitamente una única idea de sujeto, que es *el sujeto Whiggish*² *del cognitivismo*, considerando como única perspectiva para pensar al sujeto la internalista y psicologista. Así ha tomado a la parte por el todo, puesto que existen otras formas de entender la subjetividad para las que la transformación de segundo orden es más posible e incluso constitutiva de éstas. Por ejemplo, en lo básico la **subjetividad psicodinámica** puede interpretarse en términos de *(re)construcción continua en el marco de las relaciones sociales* mediante una dinámica, que es de naturaleza afectivo-simbólica e intersubjetiva.

Frente a esta deconstrucción del sujeto y a su rechazo racional está surgiendo cierto **anhelo de subjetividad** para poder trabajar la transformación de la realidad, en términos de Birulés (2000) y de Bonder (2000). Anhelo que se vincula con la necesidad acuciante de nuevas formas de relación con la alteridad, la ética, el saber y la memoria. Dicen estas autoras acerca de la subjetividad que *«resulta muy importante imaginar y experimentar situaciones, encuentros, prácticas que inciten a los/as sujetos a extrañarse de lo que viven como más propio o singular y a familiarizarse con lo que sienten más ajeno»*. (Bonder, 2000, p. 12). Y para introdu-

cir lo extraño es necesario incorporar un lenguaje dramático, como apunta J. Butler (1991).

Introducir la noción de subjetividad nos permite identificar *qué acciones reconocemos como propias* (refiriéndonos a nosotros mismos y a nuestro actuar), *cuáles queremos que perduren* o no y por qué. La subjetividad, en relación con la **memoria** según Birulés (1999) consiste en ordenar, dar un sentido a nuestro hacer y padecer pero integrándolo en la experiencia propia y así traspasando su dimensión discursiva sabida (añado yo).

La tarea creativa/política asociada a la subjetividad consistiría en *convivir con una contingencia y ambigüedad* irreductibles, pero no en ignorarlas —imagen del sujeto moderno— o someterse mansamente a ellas —imagen de algunas versiones del sujeto postmoderno. La subjetividad/identidad no supondría, en este sentido, un punto de partida, sino la siempre **renovada capacidad de referirse al sí mismo** y al propio actuar en el mundo. De lo contrario caeríamos en la ilusión que es posible transformar el mundo sin transformarnos a nosotros mismos y al revés, o en la fantasía de pensar que podemos actuar sin tomar en cuenta nuestro punto de partida.

3. La doble responsabilidad de la crítica: sobre sí y sobre el mundo

Esta idea de subjetividad —como identificación de acciones que reconocemos como propias, refiriéndonos a nosotros mismos y a nuestro actuar—, hace emerger como central la noción de **responsabilidad**, —aunque no en un sentido jurídico asociado a la autonomía y a la culpabilidad—, para trabajar la idea de transformación social de segundo orden. Birules retomando a H. Arendt pone énfasis en algo que el debate postmoderno —acerca del estatuto de la subjetividad ha olvidado con bastante frecuencia que es que *«el fin de una tradición no sig-*

² El término «Whiggish» lo tomo prestado de Ibáñez (1990) que a su vez lo toma de Butterfield. (1931) y lo utiliza para referirse a la historia escrita por los vencedores y orientada a ratificar y glorificar el presente (p. 13). Más concretamente, su uso aquí quiere aludir al hecho de realizar la crítica basándose exclusivamente en la historia escrita por los vencedores e ignorando «otras historias», por ejemplo la que remite al sujeto psicodinámico, puesto que el hacerlo —aunque sea inconscientemente— puede tener el mismo efecto de ratificación del presente que se ha criticado previamente.

nifica necesariamente que los conceptos tradicionales hayan perdido su poder sobre la mente de los hombres (...) a su pesar parece que ese poder de las nociones y categorías desgastadas se vuelve más tiránico a medida que la tradición pierde su fuerza vital» (Arendt, 1996, p. 32). Estos conceptos se mantienen también a través de las prácticas cotidianas, mediante las interacciones sociales, por ello quiero señalar la necesidad de diferenciar entre responsabilidad moral y responsabilidad política, y de trabajar la relación entre ambas ideas.

La responsabilidad moral tiene que ver con **el quien**, y la responsabilidad política con **el qué nos hacemos cargo**. Según Birulés, sobre todo la idea de responsabilidad política conduce a recuperar las riendas del mundo a quienes se comprometen con él, al margen de que sean sus responsables directos. La idea de responsabilidad moral, por otra parte —y debido a lo obstinado de la tradición a pesar de la enunciación de su final— permite conjugar los peligros de la «**tentación de la inocencia**» y posibilita la transformación no solo del mundo sino también de uno mismo a través de la posibilidad de singularizarse.

Vemos que la idea de responsabilidad política está vinculada a la herencia social —nos incumbe todo aquello que hemos heredado— y por ello nos parece una dimensión imprescindible para la concienciación social, aun sin contener la responsabilidad moral sobre lo que se quiere cambiar. Sin embargo, la responsabilidad moral nunca puede ser sustituida por la responsabilidad política ya que ello supondría caer en la tentación de la inocencia y en la externalización de la responsabilidad y del poder más que en un compartirla.

Por otra parte, en términos de cambio o transformación social de segundo orden nos parece razonable pensar que **la responsabilidad política debe ir acompañada de la responsabilidad moral**. Para que el cambio sea realmente posible a través de lo social, y no caer ni en la falacia del sujeto autónomo y libre o en la de la moral de la culpa. En este sentido, responsabilidad política y responsabilidad moral deberían ir cogidas de la mano la mayoría de las veces, puesto que aparte de ser seres que razonan y que se cuestionan lo instituido, la sujeción constituye también nuestra condición de existencia (Butler, 2001).

Se trataría de buscar herramientas concretas para pensar y construir puentes entre lo micro y lo macrosocial, entre la responsabilidad moral y la responsabilidad política. Así una práctica crítica renovada tendría que entenderse como un movimiento continuado y recíproco desde el plano de lo *colectivo-macro-público* al plano de lo *interpersonal-micro-privado*, entendiendo que no son dos entidades independientes pero sí dos niveles *diferenciables y distintos*.

En este sentido, igual habría que repensar no solo, tal y como lo ha hecho el socioconstruccionismo, la separación de estas entidades —producida por la psicología convencional— sino también su contrapartida o **total identificación**— llevada a cabo por la psicología crítica o socioconstruccionista, puesto que supone una asimilación de lo no transparente, por parte de lo racional y discursivo.

En relación con lo dicho anteriormente, vemos que en algunas versiones socio-construccionistas es **poco clara la dinámica** de la relación entre *sujeto agente* y *sujeto sujetado* (Foucault, 1976). Partimos de la idea que es dentro de la *ecuación espacio-tiempo*, del contexto particular y situado, donde surge la posibilidad de comprender su dinámica y que para **performar** (Butler, 2001) la transformación social es necesario tener en cuenta el microcontexto continuamente, a diferencia de **pensar** sobre la transformación porque entonces el espacio-tiempo actuales no son tan importantes.

En el socioconstruccionismo puede visibilizarse esta diferencia entre pensar-performar el cambio puesto que a través de su tarea crítica se puede crear un **desajuste** importante entre el cambio en el discurso y el cambio en la práctica social, o entre la transformación de la teoría y la de la realidad. La superación teórica de algo no implica su superación práctica por lo que será necesario atender también a la **dimensión performativa del orden instituido** si queremos profundizar en el cambio y no confundirnos. Es por ello que consideramos que para performar el cambio es necesario tomar en cuenta en cada momento al sujeto del deseo además del sujeto del discurso.

En este sentido, podemos apuntar que el *sujeto de deseo del discurso socioconstruccionista* en algunas de sus versiones dibuja un **tiempo vacío** y un **espacio inhabitado**, y por eso el

cambio que potencia es falaz y genera parálisis en algún sentido. Tiempo vacío porque de él ha sido sustraído el presente, a través de la huida constante del pasado no deseado e instituido y de la prisa por pisar el futuro deseable e instituyente. Tiempo vacío por la aceleración que supone dejar al tiempo cotidiano como *retrasado* a cambio de una promesa de otro mundo -deseado- posible. Pero la distancia que separa la promesa de futuro de la amenaza del pasado instituido permanece vacía. Y entonces la reproducción de lo instituido se hace inevitable.

Espacio inhabitado, porque nadie puede ocuparlo, nadie puede correr a la velocidad del discurso innovador y ocupar su espacio inmaterial. Espacio, además, que debido a su inmaterialidad solo puede proyectar caminos conocidos e indeseados aunque sea de manera inconsciente.

4. Herramientas para una construcción social de mayor alcance

A continuación, plantearé algunos aspectos susceptibles de ser enfatizados por el socioconstruccionismo y que están asociados a la *formación del sujeto y de la subjetividad* así como a la consideración de sus *efectos de resistencia* —u obstáculo— y de *condición de posibilidad*— para *el cambio psicosocial*. El propósito no es otro que aumentar la visibilidad de estas ataduras inconscientes a las que nos hemos referido para poder tomarlas en cuenta a la hora de operar la transformación social de segundo orden. En otras palabras, se trata de tener herramientas para *cambiar no solo el discurso sino también al sujeto de deseo no deseable*³ del discurso por un sujeto de deseo más deseable.

Con esta caja de herramientas queremos introducir, a grandes rasgos, la relevancia de las dimensiones del **deseo**, del **sujeto de deseo** y de la **experiencia conciente e inconsciente** con el propósito de que sean más desarrolladas dentro de la teoría crítica. Propondremos *cuatro herramientas teórico-prácticas* retomadas de lugares dispares pero que tienen en común apuntar a los límites de

la crítica racionalista para posibilitar el abrir nuevos espacios.

5. Imaginario, deseo y poder: entre la tradición y el cambio

No solo el discurso detenta poder también los deseos, las pasiones y las relaciones, como prácticas extradiscursivas, mediatizan los discursos y por lo tanto detentan un plus de poder. Por lo que resulta no solo pertinente sino necesario *introducir al sujeto de deseo y conectarlo con los dispositivos de poder*, lo que nos permite también aproximarnos a la idea de «relación significativa» como mediatizadora del deseo.

Ana María Fernández lo plantea así: «Los dispositivos de poder exigen, como condición de su funcionamiento y de su reproducción no solo *sistemas de legitimación, enunciados, normativas y reglas de justificación y sanción de las conductas no deseables (discursos del orden) sino también prácticas extradiscursivas: necesita soportes mitológicos, emblemas y rituales que hablen a las pasiones y, en consecuencia, disciplinen los cuerpos. Este universo de significaciones (imaginario social) hace que el poder marche provocando que los miembros de una sociedad "enlacen y adecuen sus deseos al poder", que sus instituciones se inscriban en el espíritu de los hombres y mujeres y que los conscientes e inconscientes se pongan en fila*» (Fernández, A. M., 1992, p. 23).

Y continúa diciendo: «*Más que a la razón, el imaginario social interpela a las emociones, las voluntades y los sentimientos: sus rituales promueven las formas que adquirirán los comportamientos de agresión, temor, amor y seducción, que son las formas como el deseo se anuda al poder*» (Fernández, A. M., 1992, p. 23).

El otro, por lo tanto, siempre tiene mucho que ver con el deseo propio y al revés. Pero ¿cómo entendemos aquí el término de imaginario psicosocial? Para la acepción del término proponemos un sentido que resulta de tomar parcialmente elementos tanto de la tradición **sociológica**: —*capacidad imaginante -social, histórica, psíquica— de figuras, formas, imágenes, como producción de significaciones colectivas—*;

³ Aquí recogemos la idea de cambiar la **ley del deseo** por el **deseo de ley** de Izquierdo, M. J. (1999), (pp. 361-394).

como también de la **psicoanalítica**: *—como imagen en la mirada del otro (con quien se tiene una relación significativa)*. Es decir, con el término «imaginario social» se quiere hacer referencia a: *«la imagen en la mirada del otro con quien se tiene/ha tenido un vínculo afectivo, siendo el otro a su vez el resultado de otras miradas, y sabiendo que los contenidos simbólicos que van tomando estas miradas se nutren básicamente de las significaciones construidas e instituidas socialmente, que son las que van posibilitando la relación y (re)construyendo al sujeto como experiencia»*.

En síntesis, el imaginario psicosocial constituido tanto desde la tradición sociológica, como desde la psicoanalítica, no solo se referiría al hecho que *«la acción siempre está referida a un otro»*, sino que ampliaría esta acepción introduciendo la idea que *«uno también puede tomar "al otro" por "otro que no es"»*, que sería como la dimensión vincular o «paranoica» de las relaciones sociales, o la idea de un sujeto disociado, puesto que el otro sí existe como sujeto situado.

La idea de imaginario está estrechamente conectada con la de «relación significativa/afectiva/de deseo» desde la tradición del psicoanálisis, pero en la propuesta dialógica de Bajtín, también se puede entrever la idea de *relaciones sociales significativas mediatizadas y mediatizadas por el discurso*. Para Bajtín (1979), la comunicación discursiva es un proceso complejo, multilateral y activo. Esto significa que el hablante o escritor, el sujeto discursivo diría Bajtín, **está en relación** con otros participantes de la comunicación discursiva, de los que espera una comprensión activa a su discurso —en función del otro imaginado: una contestación, consentimiento, participación, objeción, cumplimiento, etc.

Vemos así que el hablante es también un contestatario al emitir su discurso y que éste se inscribe, podría decir, dentro de una **historia relacional**:

...él no es un primer hablante... sino que cuenta con la presencia de ciertos enunciados anteriores, suyos o ajenos, con los cuales su enunciado determinado establece toda suerte de relaciones (se apoya en ellos, problematiza con ellos, o simplemente los supone conocidos por su oyente.) (Bajtín, 1979, p. 258).

Según Bajtín todo enunciado es un eslabón en la cadena de la comunicación discursiva, por tanto no es autosuficiente, sino que está lle-

no de ecos dialógicos y reflejos de otros enunciados con los que se relaciona; debe analizarse considerando la **interdiscursividad** o la **interdependencia con el otro** —con el que se mantiene siempre una relación específica— si lo planteamos en términos más relacionales, tanto grupales como individuales.

Pero una vez llegados a este punto, me parece importante la pregunta siguiente: ¿Bajtín estará hablando solamente de una relación entre enunciados o bien también de relaciones socialmente significativas en las que tienen tanto peso los significados como los deseos, los afectos o las pasiones corporalizadas —que todavía no han sido discursivizadas en un momento determinado? Parece incuestionable el hecho de que la respuesta que demos a esta cuestión tendrá implicaciones para el análisis y la práctica del cambio psicosocial de segundo orden.

6. La experiencia como tensión entre el deseo inconsciente y la razón del discurso

La necesidad del cambio psicosocial cuando surge es en el momento en que se dan **experiencias de malestar** que se interpretan como productos de las condiciones socio-históricas y vinculares. Por lo tanto el cambio, la mayoría de las veces, está ligado a **experiencias de exclusión** y las experiencias de exclusión se caracterizan muchas veces por el silencio, la **ausencia de discurso**, o el monosílabo del NO. Entendido así, la propia *experiencia de malestar constituye la condición de posibilidad para generar un discurso innovador* —que rompa con el orden simbólico hegemónico— y que a la vez permita la creación de una nueva realidad y una nueva subjetividad. Sin embargo, cuando no se admite este espacio-tiempo no discursivizado, o como mucho espacio del NO, pero sobretudo espacio de experiencia al fin y al cabo, las nuevas acciones son absorbidas por el discurso hegemónico y por lo tanto, el cambio abortado (Deleuze y Guattari, 1997).

Pero hablar de experiencia en un contexto en el que el tema central es el cambio psicosocial nos obliga a diferenciar como mínimo dos tipos de experiencia. La experiencia con relación al pasado y la experiencia con relación al futuro (expectativa).

Explicaré esta diferencia entre experiencias y su relación con el cambio sirviéndome del trabajo de L. Martínez (1999), a partir del análisis del historiador Kosselleck (1979). Para este autor **experiencia y expectativa** son categorías del conocimiento que entrecruzan pasado y futuro y que fundamentan la posibilidad del curso de la historia al mismo tiempo que establecen las condiciones de las historias posibles. Están relacionadas con la esperanza y con el recuerdo.

La *Experiencia* es un pasado presente, un pasado los acontecimientos del cual han sido incorporados y pueden ser recordados. Supone una *elaboración* y también *intersubjetividad* en el sentido que la experiencia de cada uno se transmite mediante generaciones e instituciones, por lo que siempre conserva una parte de experiencia ajena.

La *Expectativa*, es a la vez impersonal y se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al «todavía no». La esperanza y el temor, el deseo y la voluntad, la inquietud pero también el análisis racional, la visión receptiva o la curiosidad forman parte de la expectativa y la constituyen. El *Horizonte* es una línea detrás de la que se abre un nuevo espacio de experiencia, aunque no se pueda contemplar como tal. La posibilidad de descubrir el futuro choca contra un límite absoluto porque no es posible llegar a experimentarlo: el horizonte se aleja cuando uno se acerca a él. Por lo tanto, la experiencia una vez reunida es tan completa como pasados son sus motivos, mientras que la experiencia futura, la que será anticipada como expectativa, se descompone en una infinidad de trayectos temporales distintos.

Los dos horizontes (memoria/experiencia y expectativa) son colocados en la cotidianidad. Y es la *tensión entre experiencia y expectativa* lo que provocará de forma cada vez distinta *nuevas soluciones y posibilidades*, empujando desde el sí mismo el tiempo histórico y por lo tanto el cambio psicosocial.

En este sentido, podemos pensar que la posibilidad del cambio de segundo orden -que necesariamente será tanto colectivo como individual- pasa por la necesidad de una **experiencia del sí mismo singularizada** (responsabilidad moral en términos de Birules) y no solo colectiva (responsabilidad política).

Solo así se podrán reconocer los propios *deseos vinculados al poder* y en consecuencia asumir el conflicto/sufrimiento que su transformación genera. Solo así se podrá transformar la realidad (y al sí mismo), reconociendo como malestar ese conflicto-tensión que se sitúa entre la sujeción y la expectativa-agencia. No parece pues que se pueda integrar la expectativa (experiencia futura) que surge a partir de un discurso nuevo sin reconocer previamente la sujeción al poder en términos de deseo inconsciente y sin asumir el **coste sufrimiento** que implica el romper con la recursividad/inercia de la tradición-experiencia pasada que nos constituye. Pero para ello habrá que desmascarar su recursividad mediante la explicitación de los sucesivos conflictos que a través de la máscara del cambio psicosocial de primer orden permanecen ocultos. Un ejemplo concreto de ello puede ser la *incorporación de la mujer al trabajo asalariado* como panacea para la transformación de la desigualdad social entre los sexos puesto que hemos visto que con ella únicamente el malestar de las mujeres no disminuye sino que incluso puede aumentar.

7. Subjetividad y Reflexividad

¿Pero cómo podemos hacer para activar la agencia humana? Nos puede resultar de utilidad la noción de Reflexividad (Woolgar i Ashmore, 1988; Harding, 1986; Keller, 1985; Albertín, 2000), como **instrumento teórico-práctico**. Especialmente con relación a las experiencias que tenemos como investigadores/as ya que la investigación es otra manera de intervenir y de transformar la realidad, pero también con relación a otros ámbitos tanto profesionales como más sociales o cotidianos.

Un discurso reflexivo supone un tipo de lectura y comprensión del texto (o mundo social) contingente *al contexto de interacción que el/la autor/a mantiene en cada momento y acontecimiento de su actividad investigadora*. Parafraseando a Albertín (2000) diré que consiste en explorar y experimentar la capacidad reflexiva o la capacidad de «**girar hacia sí mismo/a**» en cada momento o acontecimiento de la práctica científica, a modo de un proceso en el que se genera un bucle recursivo donde se va incorporando «claves» alre-

dedor del objeto de estudio destinadas principalmente, a conectar al auditorio o lectores con el tipo de *experiencia particular del autor/a del texto*. A través de este proceso el *sí mismo* deviene *otro*.

Pero para que la reflexividad sea factible, se debe admitir previamente la idea de subjetividad, muy conectada con el concepto de experiencia al que hemos hecho referencia anteriormente a través del historiador Kosseleck.

La subjetividad, por su parte, se construye a través de un complejo entramado de significados, de afectos, de hábitos, de disposiciones, de asociaciones, y de percepciones resultantes de las interacciones del sujeto y de cómo éste las interpreta/construye a través de los discursos y deseos posibles. Pero la subjetividad no proviene de una experiencia genuina e individual, por lo tanto es producida a través del lenguaje y las interacciones sociales significativas.

Esta idea de subjetividad no sustantivada haría referencia a la dimensión vincular, social e histórica del sujeto, configurándolo y a la vez permitiéndole *tomar conciencia de sí e iniciar un movimiento de transformación*. Es construida a través de las experiencias, los discursos que la envuelven y sobretodo *los conflictos y tensiones* que puedan darse entre éstos. La definición del término subjetividad, tal y como señala Bonder (2000) es todavía una definición por hacerse, procesal y provisoria, esto es temporal, o sea tan histórica como hipotética.

Sin embargo, cuando se recurre a este concepto de una manera u otra podemos decir que está en juego lo que López Petit (citado por Bonder 2000) llama «*el residuo del proceso de subjetivación, es decir, la singularidad, el particular tejido de las hebras que componen cada biografía, la densidad de la vivencia del sí mismo*» (Bonder, 2000, p. 7).

En efecto, y ya para acabar este relato nada lineal y este apunte de herramientas queremos recordar que una cosa es reconocer deseos y descifrar motivaciones y otra es *sustantivarlos y esencializarlos* como se ha hecho todo el tiempo en la psicología tradicional y normativa.

Y también nos gustaría incitar a *no olvidar que la mera reacción* a la esencialización puede conducirnos al polo totalmente contrario—de deconstrucción radical del sujeto— con el riesgo que supone de repetición y reproducción social *inconsciente* del orden aunque sea bajo una apariencia de cambio puesto que ésta es su baza. Es difícil que haya transformación de segundo orden si se rechaza el *sujeto del deseo histórico*, a través de la razón, o bien si se desconsidera su experiencia relegándola al espacio privado, de no interés general. Porque entonces se está obviando el peso y la marca de la dominación en el **deseo que atraviesa el discurso**. Y los deseos no sabidos se convierten en barreras infranqueables, porque nos convierten en sus **esclavos**, tal y como Foucault señaló hace ya bastante tiempo. El sujeto en general, pero sobretodo el que ocupa posiciones de *dominado*, necesita reconocer su deseo para poder desujetarse un poco de él y dejar de ejercer su **complicidad** en el drama de la dominación. Complicidad no sabida, no pensada pero actuada al fin y al cabo, que está también presente a través de la *acción performativa del pensamiento crítico*.

Pero para que el no rechazo del sujeto del deseo histórico sea factible, la subjetividad y la reflexividad son aspectos centrales a tener en cuenta. Por ello las palabras de Bonder (2000) reclamando este anhelo de subjetividad actual †, muchas veces vivido como conflictivo pero necesario, para trabajar la transformación de la realidad, nos sirven de remate final. Es pues prioritaria la tarea de «*imaginar y experimentar situaciones encuentros, prácticas que inciten a los/as sujetos a extrañarse de lo que viven como más propio o singular y a familiarizarse con lo que sienten más ajeno. Este proceso llevará a reterritorializar la historia, la cultura, el imaginario en claves que hablen de coaliciones de identidades —ni universales ni particulares; de flujos, laberintos, marañas de identificaciones, de múltiples asimilaciones y reinterpretaciones; de la transicionalidad de la experiencia tanto en su dimensión de temporalidad como de espacialidad (objetiva, subjetiva)*» (Bonder, 2000, p. 12).

† Señalado por Birulés (2000).

8. Referencias bibliográficas

- ABELIN, G. (1996): «La leyenda de Shehrezade en la vida cotidiana». en M. Burin y E. D. Bleichmar (Comp.): *Género, Psicoanálisis y Subjetividad*. Barcelona, Paidós, pp. 31-60.
- ALBERTIN, P. (2000): *Un estudio etnográfico sobre usuarios/as de heroína. Conocimiento psicosocial y práctica reflexiva*. Universitat de Girona. Tesis Doctoral.
- BAJTIN, M. (1979): *Estética de la creación verbal*, México, S. XXI, 1998.
- BARRAL, M. J. *Interconexiones entre ciencia y género*, Barcelona, Icaria.
- BIRULES, F. (1999): «Responsabilidad Política. Reflexiones en torno a la acción y a la memoria». A CRUZ, M.; ARAMAYO, R. (coord). *El reparto de la acción. Ensayos en torno a la responsabilidad*. Madrid, Trotta, pp. 141-152. (2000): «Del sujeto a la subjetividad». En CRUZ, M. (Comp.). *Tiempos de Subjetividad*. Barcelona, Paidós, pp. 223-234.
- BONDER, G. (1998): *Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente*. Encuentro de Universidades de Latinoamérica y el Caribe. «Género y epistemología: mujeres y disciplinas». Santiago de Chile, Julio, 1998. <http://revuc.esociales.uchile.cl/genero/mazorka/debate/gbonder.htm>
- BRAIDOTTI, R. (2000): *Sujetos nomadas*. Barcelona, Paidós.
- BUTLER, J. (1998): «Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista». *Debate Feminista*. Vol. 18.
- (2001): *Mecanismos Psíquicos del Poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid, Cátedra, Feminismos, 1997.
- DELFINO, C. y GUATTARI, S. (1997): *Mil Mesetas*. Barcelona, Pre-textos.
- FERNÁNDEZ, A. M. (1996): «De eso no se escucha: el Género en Psicoanálisis». en M. BURIN y E. D. BLEICHMAR (Comp.): *Género, Psicoanálisis y Subjetividad*. Barcelona, Paidós, pp. 140-175.
- FOLCABET, M. (1976): *Historia de la Sexualidad. La voluntad de saber*. Barcelona, S. XXI.
- FOX-KULLER, E. (1985): *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia, Edicions el Magnànim, 1991.
- FUSS, D. (1999): «Leer como una feminista». en CARBONELL, N. y TORRAS, M. (1999). *Feminismos literarios*. pp. 127-146. Madrid, Arco Libros, 1989.
- GADAMER, H. G. (1975): *Verdad y Método*. Sigüeme, Salamanca, 1996.
- GERGEN, K. (1985): The Social Constructionist Movement in Modern Psychology. *American Psychologist*, 40, pp. 266-275.
- (1994): «La crisis de la representación y la emergencia de la construcción social». en GERGEN, K. J. *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. pp. 51-58. Barcelona, Paidós.
- HARDING (1986): *The Science Question in Feminism*. Stratford, Open University.
- HARAWAY, D. (1991): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra.
- IBÁÑEZ, T. (1990): *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona, Sendai.
- (1996): «Construccionismo y Psicología», en GORDO LÓPEZ, A. & LINAZA, J. L. (comp.) *Psicologías, Discursos y Poder*, pp. 325-338. Madrid, Visor.
- Iñiguez, L. (1997): *Critical Social Psychology*. Londres, Sage.
- IZQUIERDO, M. J. (1999): *El malestar en la desigualdad*. Madrid, Cátedra.
- MARTINEZ, L. (1999): *Las utopías como materiales de comprensión: exploración de un relato en su textualidad de género*. Proyecto de Investigación, UAB.
- MOUFFE, Ch. (1999): *El retorno de lo político*. Barcelona, Paidós.
- POTTER, J. (1996): *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona, Paidós (1998).
- PUJAL, M. (1991): *Poder, Saber, Naturaleza: la triangulación masculina de la mujer. Análisis de una invención social*. Universitat Autònoma de Barcelona, Tesis Doctoral.
- (1993): Mujer, relaciones de género y discurso. *Revista de Psicología Social*, 8 (2), pp. 201-215.
- (1998): Feminist Psychology or the History of a Non-feminist Practice. A BURMAN, E. 1998. *Deconstructing Feminist Psychology*. Londres, Sage Publications.
- RODRIGUEZ MACEDA, R. M. (1994): *Femenino Fin de siglo. La seducción de la diferencia*. Barcelona, Anthropos.